

parodiar á Luis XIV y su corte, fabricarse sus pequeños, pero costosos Versalles y esclavizarse por completo á la moda y á los gustos franceses. En realidad sólo hay un estado interesante en el Imperio, Brandeburg. Los Hohenzollern, habían recibido del emperador Segismundo el margraviato de Brandeburg en el siglo XV; un príncipe de la familia, gran maestro de la orden teutónica, se convierte al luteranismo en el siglo XVI, seculariza la orden y es duque de Prusia; al principiar el XVII, el electorado de Brandeburg y el ducado de Prusia, quedaron por herencia reunidos en la misma persona; juntar aquellos fragmentos separados por la Prusia polaca y agrandar las pequeñas posesiones que cerca del Rhin habían adquirido, fué desde entonces la mira de los electores de Brandeburg, y como en el Rhin, el Elba y el Vistula, sus posesiones eran los campos de batalla entre franceses y alemanes, entre suecos y austriacos y entre suecos, alemanes, palacos y rusos, el Elector necesitaba tener siempre listo un ejército, economizar para tener listo un tesoro y organizar su gobierno vigorosamente, para hacerse obedecer en aquel estado facticio, que ya era muy importante y que pronto iba á representar los intereses de la Alemania del Norte contra los de Austria y la Alemania del Sur. Al empezar el siglo XVIII, el elector ceñirá la corona real, con el nombre de rey de Prusia. Austria continuaba siendo un núcleo alemán circundado de fragmentos eslavos (bohemios, croatas, eslavonios, etc.) y turánicos (húngaros y turcos). Luchaba por dominar aquel cerco étnico y lo había de conseguir, mas todavía no en el siglo XVII; los turcos se lo impedían. Cierto, la batalla de S. Gothard había dado un golpe terrible al poder turco en 1664, pero los vizires de la familia Keuprili se empeñaron en el designio gigantesco de dominar por un lado á los polacos y los rusos, por otro á Hungría y acabar con la casa de Austria; así se fijan las grandes líneas de un problema europeo no resuelto todavía, la *Cuestión de Oriente*; su primer aspecto era éste ¿quiénes dominarán el valle del Danubio (medio é inferior) y la península balcánica, los alemanes, los eslavos ó los turcos? Hoy la posición del problema es distinta. Los turcos que dominaban gran parte de Hungría, mientras la otra procuraba defender su constitución nacional contra la política absorbente del Austria, dirigida por los jesuitas, lograron amenazar de nuevo al emperador (durante el largo reinado de Leopoldo I) aprovechando la guerra constante del imperio con Luis XIV aliado de los otomanos. La insurrección de Hungría acaudillada por Tekely, abrió á los turcos el camino de Viena, salvada por el rey de Polonia Juan Sobieski (1683); los húngaros fueron sometidos, y austriacos, rusos, polacos y venecianos se arrojaron sobre los turcos á quienes el príncipe Eugenio (un sobrino de Mazarini que pertenecía á la familia de Saboya y que Luis XIV había desdeñado) infligió derrotas irreparables. Al concluir el siglo, Austria era dueña de Transilvania, por tanto tiempo independiente, y hacía decretar que la corona de Hungría era hereditaria en la dinastía de los Habsburgs; Rusia adquiría litorales en el Mar Negro. La rama escandinava de los pueblos germánicos seguía debili-

tándose en luchas intestinas, después de la muerte de Gustavo Adolfo y por la dominación del Báltico; Dinamarca, dueña de Noruega, á pesar de sus reyes excelentes apoyados por el pueblo y la clase media, que por odio á la nobleza, les confirió el poder absoluto, se vió varias veces á punto de sucumbir á los ataques de los suecos, que habían de renovarse en el siglo XVIII. Los suecos, dueños por la paz de Westfalia de las bocas del Elba, del Oder y del Vístula, se encontraron mezclados en luchas que los agotaban y la hija de Gustavo Adolfo, Cristina, abdicó y murió católica en Roma. La disputa por los litorales del Báltico continuó todo el siglo y pasó al siguiente; los daneses se vieron atacados de un modo singular por Carlos X que se dirigió á las islas por encima del mar congelado y dictó la paz á Dinamarca; mas los principales competidores de los suecos eran los polacos, los rusos y el elector de Brandeburg. Al despuntar el siglo XVIII, un rey, casi insensato, pero heroico, Carlos XII, empezó su novelesca historia, venciendo á los rusos y á los sajones é imponiendo un rey á Polonia.

Los Eslavos.—En el horizonte oriental del mundo germánico aparecen los dos grupos eslavos, el polaco y el ruso, éste destinado á absorber á aquél, cada vez más marcados. Polonia desde el siglo XVI formaba una república de nobles (sólo éstos eran ciudadanos) con un rey electivo, sometido enteramente á una Dieta; á pesar de esta débil forma de gobierno luchó con ventaja contra los tatars, los turcos y los rusos; pero dejó á éstos consolidar su dominación en la Moscovia y á uno de sus reyes (Iván ó Juan el Cruel) tomar el título imperial, como heredero de los césares bizantinos. Todo el principio del siglo XVII lo gastó Polonia en guerras intestinas, en luchas desgraciadas con los suecos de la Guerra de Treinta años y con los turcos, á quienes cedió la parte septentrional del valle inferior del Danubio; venció á los moscovitas, ayudada por los kosaks, pero no pudo ó no supo destruirlos; los jesuitas predominaban en la Corte y eran los verdaderos reyes de Polonia; uno de ellos ciñe de hecho la corona, el ex-cardenal Juan Casimiro y la dominación jesuítica acarrea la rebelión de los kosaks de Ucrania que se adhieren para siempre á los rusos. Mientras tanto los suecos se apoderan de Varsovia y amenazan con hacer desaparecer el reino, que un esfuerzo supremo de la nobleza y la intervención de Francia, salvan al fin. Durante este período tempestuoso aparece la práctica constitucional destinada á ser uno de los elementos principales de la disolución de Polonia, el *liberum veto*, en virtud del cual la oposición de un solo individuo de la Dieta podía interrumpir cualquiera deliberación.—El imperio moscovita toma forma bajo los Ivans, en el siglo XVI, en luchas incesantes con los caballeros teutónicos, los lituanios y polacos, los turcos y los tatars y se ensancha en dirección de los tres mares, el Blanco, el Báltico y el Negro; sus *tsars* son semi-salvajes, capaces de actos de espantosa ferocidad, sobre todo Ivan el Terrible, el domador de los señores feudales [*boiars*] y el que abrió á los rusos el campo ilimitado de Siberia. A la muerte de Ivan (1584) se abre un período de agonía para el imperio; un tsar se apoya en el

clero y los boiars, y establece la servidumbre de la gleba; los kosaks, aglomeración de bandidos y de siervos rebeldes, refugiados á orillas del Dniepr, sitian á Moskow, apoyando á un aventurero que se hacía pasar por el heredero legítimo de la corona; otro surge más tarde y todo es confusión. A principios del siglo XVII los polacos reinan en Moskow y los suecos son dueños de Novgorod; en el Oriente se organiza la resistencia nacional y triunfa al fin. Entonces comienza á figurar la dinastía de los Romanov; las guerras siguen con éxito vario, mas al través de todo, la Rusia crece y toca con las extremidades de su cuerpo colosal Arkangel y Azov; la anexión espontánea de Ucrania y la Pequeña Rusia, que sacuden el yugo católico y polaco, la consolida, á pesar de grandes disturbios religiosos promovidos por la adopción de un texto más puro de la escritura; la reforma se impone á cañonazos. Al fin del siglo el joven tsar Pedro, decide hacer de Rusia una potencia europea; era asiática hasta entonces.

*España.*—De los pueblos latinos, después de Francia, España ocupaba aún el primer puesto, gracias á sus soldados todavía, gracias á su imperio colonial; Italia le estaba subordinada por las Dos Sicilias y el Milanesado; los Pontífices en el centro, cada vez más reducidos al papel secundario de príncipes italianos y los duques de Saboya, ambiciosos y audaces, abriéndose fatigosamente paso hacia la dominación de la península, que por un concurso estupendo de circunstancias, debían obtener dos siglos después, no contaban sino como piezas de importancia, diplomática los primeros y militar los segundos, en el tablero de la política europea. Felipe II había dejado todos los gérmenes de decadencia en pleno desenvolvimiento dentro de España, pero sus militares y diplomáticos formados en la escuela de las grandes guerras y de las grandes intrigas del siglo XVI, habían dejado herederos y estos contuvieron la decadencia irremediable de la nación sacrificada á los insensatos empeños de los Austrias.—Felipe III, hombre apocado y devoto, confió el gobierno á un valido, D. Francisco de Sandoval, duque de Lerma, que á su vez descargó el peso de los negocios en sus favoritos, entre los que descolló D. Rodrigo Calderón, decapitado en el reinado siguiente; espantosamente ávidos, el gobierno sólo les sirvió para enriquecerlos, vendiéndolo todo, exprimiendo al reino hasta la sangre y organizando locos despilfarros, al grado de que hubo fiesta real en que se invirtiese tanto dinero como el que antaño se había gastado en la conquista de Nápoles. Para colmo de desaciertos y, en lugar de confiar á la tolerancia y á la infalible presión del *medio* y del tiempo, la fusión que ya en gran parte se había verificado en el curso

de los siglos, de los moriscos y los españoles, los gobernantes, empujados es cierto, por la opinión casi general de las clases directoras, determinaron expulsar de España á los descendientes de los islamitas, cuya hostilidad á los cristianos se había cuidado de mantener, oprimiéndolos. Las quejas de los españoles contra los moriscos, bajo el pretexto religioso, son económicas; Cervantes las ha expuesto con su elegante concisión en el *Diálogo de los perros*; se parecen á las de los californios contra los chinos, con la diferencia de que los moros eran sanos y que tenían un inmenso apego á la tierra española; pero eran económicos, industriosos, trabajadores, sus aldeas risueñas y ricas, sus industrias opulentas, su agricultura incomparable, todo hacía contraste con la situación del español sólo apto para la guerra y la aventura. 600,000 moriscos salieron de la Península, á pesar de la protesta humana del Papa Paulo V, y casi todos perecieron; eran demasiado odiosos para los cristianos y demasiado cristianos para los islamitas.

¿Qué provecho sacó España de este acto que Richelieu llama el más arriesgado y más bárbaro de que hace mención la historia? (Mem. X.)

Los españoles continuaban entretanto la política de Felipe II y derrotados unas veces, pero vencedores las más, se empeñaban en reducir á los holandeses y en arrancar Inglaterra al protestantismo. A pesar de contar con generales de genio como Spínola, se vieron obligados á prescindir, por algún tiempo, de tamañas empresas y reconocieron el carácter de nación á las Provincias Unidas; ya España empezaba á no poder enviar soldados á Flandes y no mandaba recursos; el agotamiento era indecible. Sin embargo, todavía los españoles hicieron brillante papel en el mar, capitaneados por un descendiente del duque de Alba; en Italia, dirigidos por magnates de grandes dotes como Téllez Girón y en la Guerra de Treinta años, donde al par de Spínola, lució sus aptitudes militares un heredero del Gran Capitán. En 1621 murió Felipe III, y su hijo Felipe IV, que iba á reinar cuarenta y cuatro años, subió al trono. El nuevo rey era indolente, dado al placer y al arte, sin capacidad política; como su padre, puso el poder en manos de su favorito D. Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, el Conde-duque, como le llaman los historiadores españoles. Era este un hombre excesivamente presuntuoso y, si no carecía de inteligencia, sí de tacto político, y sobre todo, su mala estrella lo puso enfrente de Richelieu, su enemigo y su envidiado modelo. En el exterior, durante la Guerra de Treinta años, los generales españoles, ya mandados por capitanes de la

talla de Spínola y hasta por eclesiásticos como el cardenal-infante, encontró oportunidad de cubrirse de gloria; lo que hizo concebir al frívolo rey tal opinión de su poder, que se creía autorizado á ordenar á sus generales la victoria. Sin embargo, los días fatales venían á gran prisa; Olivares, probablemente para imitar á Richelieu en su laboriosa empresa de crear la unidad política de Francia, se propuso acabar con los privilegios de Cataluña y con la autonomía de Portugal, que aún tenía sus Cortes propias; de aquí dos sublevaciones: la de Cataluña, que se dió momentáneamente á Francia y que costó á España ríos de sangre y la de Portugal, que cuando estalló, estaba ya hecha en la conciencia del pueblo que odiaba al detestable gobierno de sus opresores y que logró el apoyo inglés y francés. El duque Joao de Braganza, descendiente de los antiguos reyes, fué aclamado rey y la independencia, al cabo de algunos años, y gracias á repetidos triunfos de los portugueses fué un hecho. A pesar de esto, de la caída de Olivares, que no remedió nada; de la destrucción de la infantería española en Rocroy, donde los *tercios* murieron con asombroso valor; de la rebelión de Nápoles, acaudillada en sus comienzos por Masaniello (1647) que en unos días pasó de su tienda de pescado al trono casi, y de ahí al lodo, donde arrastró su cadáver el populacho, el nuevo favorito D. Luis de Haro, no dejó á España tomar parte en la paz de Westfalia y la guerra siguió por once años, aprovechando España de la guerra civil en Francia, hasta que el tratado de los Pirineos (1659) dió á Francia el puesto que hasta entonces había ocupado España en Europa.

En 1665 murió Felipe IV, dejando un hijo, el enfermizo y, durante tantos años moribundo, Carlos II y por Regente á su imperiosa y poco inteligente mujer, Doña Mariana de Austria. D. Juan, hijo bastardo de Felipe, que había hecho un papel semi-glorioso en diversas campañas, muy ambicioso y sin escrúpulos, emprendió lucha implacable con la Regente, para privarla de sus favoritos, que fueron el jesuita Nithard y luego D. Fernando de Valenzuela, á quien la predilección de la Regente subió de la nada al primer lugar del reino. D. Juan de Austria logró cuanto deseaba y quizás esperaba apoderarse del trono á la muerte de su hermano, cuando murió. Carlos II, príncipe débil, profundamente piadoso y bueno, sujeto á accesos de superstición delirante, se casó dos veces, sin lograr tener sucesión. Después de la paz de Riswick, que puso fin á una guerra en que los españoles por poco pierden Cataluña y buena parte de sus colonias de América, pero en que Luis

XIV, con objeto de ganarse el favor del pueblo español, se mostró generoso, se planteó el problema de sucesión á la corona de España. El emperador la quería para su hijo Carlos, Luis XIV para su nieto Felipe de Anjou; ambos alegaban complicadísimos derechos. Mas el favorito del rey español hizo declarar sucesor á un príncipe de Baviera; entonces Francia é Inglaterra, principalmente, pactaron la distribución de los dominios españoles y este pacto de repartición, se renovó después. La muerte del presunto heredero renovó el problema. Por fin el partido francés, gracias á los buenos oficios del cardenal Portocarrero y del Papa, triunfó y el rey casi agonizante designó por heredero al nieto de Luis XIV, á pesar de las formales renunciaciones de la madre y la mujer de éste á los derechos de sus descendientes á la corona de España. Carlos murió en 1700; con él concluye la casa de Austria española. Impedir la disolución del reino, dar á España un papel, aunque fuese secundario, en el concierto europeo, tal era la misión de la nueva dinastía; así habían empleado los Austrias una de las más formidables fuerzas que han aparecido en la historia.

4. Si Luis XIV, con un reino exhausto de hombres y dinero, al que debía ahorrar nuevos esfuerzos dolorosos, no por deber, porque se trataba de su propiedad y la definición romana le daba derecho á abusar (tal era la teoría absolutista), sino por conveniencia y utilidad; si á pesar de esto tomó la parte más activa en la gran intriga de la sucesión española, al fin de la cual no podía encontrar otra cosa que la guerra, preciso es confesar que no fué sólo por ambición y vanagloria. Era imposible dejar de nuevo al poder imperial cercar completamente á Francia por los Alpes y los Pirineos con el oro de América y los soldados españoles; su diplomacia había traído á la inglesa á las mismas miras y la elección del nieto de Luis XIV ni había causado extrañeza ni repugnancia, fuera de Austria; además el pueblo español, por un movimiento casi unánime, se había adherido á su nuevo soberano Felipe V, que era biznieto de Felipe IV y que descendía más de Carlos V que de Francisco I. Lo importante para el rey de Francia era la neutralidad inglesa; así, forzosamente, la campaña con Austria se concentraba en el Rin y en la Lombardía; la condición de que Felipe renunciase á todos sus derechos á la corona de Francia, era *sine qua non* de esa neutralidad, porque Inglaterra no podía consentir en la reunión de las dos potencias bajo una sola mano, porque el equilibrio habría quedado así roto en contra de las potencias protestantes.

Aquí fué donde el orgullo del Rey-Sol causó una serie de torpezas, nuncio cierto de irreparables desastres. Luis XIV ni formalizó la renuncia de su biznieto, ni vaciló en provocar del modo más terrible á Guillermo de Orange ocupando las plazas fuertes que en Flandes retenían desde el último tratado los holandeses y aquí fué donde encontró motivo el rey de Inglaterra para formar una coalición con el emperador contra su eterno enemigo; la coalición dió entrada á todos los príncipes del imperio y al elector de Brandeburg, que había organizado un considerable estado militar; para atraerlo á la alianza le fué concedida, con escándalo del previsor príncipe Eugenio, la corona real; mas no fué rey de Brandeburg, sino que recibió su nuevo nombre del ducado independiente de Prusia y este primer rey, coronado en Koenisberg (1701), fué Federico I. Aún podía procurarse que la neutralidad inglesa, á pesar de Guillermo, fuese un hecho, tanto así repugnaba la guerra á la nación y al Parlamento; mas en esto muere el rey Jacobo II, en Francia, y Luis le promete solemnemente reconocer á su hijo como rey legítimo de Inglaterra; todo el pueblo inglés respondió con un grito de rabia á este reto insensato y con gran júbilo de Guillermo, Inglaterra entró en la Coalición.—Comenzó entonces la gran lucha; Guillermo de Orange apenas pudo ver estos comienzos; murió dejando el trono á la hija protestante de Jacobo II, á Ana Stuart, quien á su vez se dejaba gobernar por su favorita Sarah Jennings, casada con el más bello y mejor prestigiado general del ejército inglés, con Marlborough, que en la guerra que se iniciaba iba á ganar el renombre del mejor guerrero de su época. El advenimiento de Ana consolidó las instituciones parlamentarias, fué precisamente la señal de la supremacía absoluta del Parlamento que había hecho rey á Guillermo, la había hecho á ella y, por la ley de sucesión, hacía á los reyes en lo porvenir. La guerra fué en su primer período favorable á Francia; Villars gana su bastón de mariscal en algunas brillantes victorias contra los imperiales y Vendome, un hijo de Luis XIV, arroja de Italia al príncipe Eugenio. La insurrección de los protestantes en los *Cevennes*, que costó mucho sofocar, y la entrada de Saboya y Portugal en la Coalición, marcan el principio del período de los reveses. Los imperiales arrojan á los franceses de Italia y amenazan el territorio defendido por Berwick, un hijo de Jacobo II; Marlborough, poniendo en juego su audaz estrategia, expulsa á los franceses de Alemania y gana así su título de duque, luego les arrebató los Países Bajos y en una campaña poste-

rior vence al duque de Borgoña, nieto del rey, y penetra en Francia. En España, entretanto, los ingleses y portugueses unidos, llevan á Madrid al archiduque que se hacía llamar Carlos III y sublevan contra Felipe á Cataluña, Aragón y Valencia. En Inglaterra el partido *whig* se apoderaba del gobierno y la reunión definitiva de Escocia se verificaba en 1706 formando el reino que se llamó *La Gran Bretaña*; en Francia, en donde ya no se vivía, sino por milagro, dice Fénélon, inviernos crudísimos y hambres semejantes á las de la Edad Media habían imposibilitado todo esfuerzo; el rey pidió la paz; pero le impusieron los coaligados tan humillantes condiciones, que prefirió, y la Francia con él, renovar la guerra. Villars se cubrió de gloria en la indecisa batalla de Malplaquet, librada contra Eugenio y Marlborough, y para colmo de fortuna, este guerrero, de quien Voltaire decía, que ni había sitiado una plaza sin tomarla, ni dado una batalla sin ganarla, cayó en desgracia con su esposa, cuando la reina Ana sacudió la tiranía de ésta, y dejó el teatro de la guerra, inmensamente rico, gracias á sus concusiones, y admirado, mas no amado, porque él, exceptuando á su mujer, á nadie amó tampoco; la lucha, aún en España, tomó un carácter favorable á los intereses franceses, y Felipe V, después de la batalla de Villaviciosa, ganada en 1710 por Vendome y el conde de Aguilar, durmió sobre un lecho formado de banderas enemigas. La pacificación de España no era más que cuestión de tiempo ya y, fiel al programa borbónico de unificación, Felipe se propuso abolir los últimos fueros de Aragón, que ya no se distinguía de Castilla; después y tras el cerco sangrientísimo de Barcelona suprimió también los privilegios catalanes; sólo los vascuences conservaron los suyos hasta nuestros días. La muerte de José I, sucesor del viejo Leopoldo, y la exaltación al trono imperial del archiduque Carlos, que abandonó España, inclinaron todos los ánimos á la paz, que después de la victoria de los franceses en Denain (1712), ya fué una necesidad. Los tratados se celebraron en Utrecht entre los coaligados, menos el emperador, y Francia y España; al año siguiente el príncipe Eugenio y Villars, celebraron el tratado de Rastadt entre el Imperio y los Borbones. Inglaterra se quedó con Menorca y Gibraltar; el duque de Saboya fué rey de Sicilia; la casa de Austria guardó casi toda Italia y los Países Bajos; Francia cedió á los ingleses buena parte de sus posesiones en la región que hoy se llama la América Inglesa (1713-1714).

Al año siguiente murió Luis XIV. Mientras, bajo los auspicios de las

instituciones libres, Inglaterra crecía con pasos de gigante, el perfeccionamiento del absolutismo en Francia la había conducido á la ruina completa; el *antiguo régimen* iba á sobrevivir setenta y cuatro años, exagerando todavía sus vicios, incapaz de renovar sus efímeras cualidades; pero llevaba ya, después de la espantosa bancarrota moral, política y económica del fin del reinado de Luis XIV, la lesión orgánica que lo iba á matar. La población de Francia había bajado durante el reinado de Luis XIV á 18.000,000; habían muerto en la guerra ó á consecuencia inmediata de ella, 1.200,000 personas y se habían gastado directamente 300.000,000 de pesos, siendo incalculables las pérdidas indirectas; los ingresos, al fin del reinado, habían disminuido de 6.000,000 de pesos y aumentado los egresos en 52.000,000. El déficit subía sin cesar devorando la fortuna pública; luego la monarquía absoluta estaba incapacitada para administrar. La clase noble estaba reducida á la domesticidad del soberano, no era ya la fuerza militar de la nación; el clero, instrumento de dominación en manos del rey, había quedado, en cuanto á doctrinas, sometido al fin á Roma, y la bula *Unigenitus*, que sostenía por vez primera la infalibilidad del Pontífice, dió un golpe de muerte á la iglesia galicana, á pesar de la resistencia de los jansenistas agrupados en derredor del arzobispo de París y que dominaban en el Parlamento. El comercio moribundo, gracias al estado de guerra casi perpetuo, á la ruina de la marina militar, á las pérdidas coloniales y al sistema prohibitivo; la industria agobiada por el impuesto, la agricultura casi abandonada, habían puesto á las clases medias en espantosa situación, mientras la clase obrera y rural se veía reducida por la talla y la capitación á una espantosa miseria; luego la monarquía absoluta no podía gobernar. Dado el carácter del pueblo francés, la protesta unánime de la nación contra el régimen que moría, puede decirse, con Luis XIV, fué una inmensa é incontenible irrespetuosidad. Los silbidos, los epigramas y las canciones, fueron la oración fúnebre de Francia sobre la tumba del Rey-Sol.

## CULTURA GENERAL.

1. Las letras: Italia, España, Inglaterra, Francia.—2. Las artes: Italia, España, Países Bajos, Francia.—3. La Filosofía: Bacon, Descartes, Spinoza, Pascal, Leibniz, Hobbes, Locke.—4. La ciencia: constitución de las primeras ciencias de observación; aurora de las ciencias de experimentación.

1. Italia había terminado su gran período de creación literaria con el poema de Ariosto; entre éste y Torcuato Tasso advienen la Compañía de Jesús y el Concilio de Trento, es decir, la reacción contra el libre espíritu del Renacimiento. La epopeya artificial de Tasso, sonora y bella y á veces fulgurante como es, indica bien los nuevos principios: de los antiguos, estudiar é imitar la forma, y, por costumbre, el vocabulario mitológico en sus acepciones más vulgares; resucitar la caballería cristiana, pero atildada y ortodoxa, y sometida á los cánones del Concilio. Así Tasso, célebre por sus amores y su martirio supuestos, víctima y mártir de sí mismo, de sus escrúpulos y su desequilibrio mental, es el primer poeta de una larga decadencia que dura todo el siglo XVII. No que Italia cese de producir, al contrario; sus poetas, desde Annibal Caro, que se emancipó de la imitación del Petrarca y precedió á Tasso, hasta Filicaja, que cantó la liberación de Viena por Sobieski y á quien Macaulay juzga hiperbólicamente el primero de los poetas líricos modernos, son incontables; ninguno es de primer orden, ninguno puede medirse con los dos gigantescos antepasados de la poesía moderna: Dante y Petrarca. Los más notables son sus poetas satíricos, virulentos y elocuentes como Salvator Rossa, ese singular y prodigioso aventurero, gran pintor, actor extraordinario, poeta sombrío é implacable y revolucionario bravo y terrible; ó Tassoni, que produjo el mejor de los poemas heroico-cómicos del siglo: *el cántaro robado*. Pero si Italia no creaba ya tipos, sí propagaba formas nuevas y seguía así educando á los poetas del tiempo, proporcionándoles materiales con las pintorescas invenciones de sus *novelistas*, y alguna que otra vez mostrando en sus prosistas, que muchos de ellos eran hombres de ciencia, como Galileo y Redi, modelos de estilo elegante y puro. Hasta la comedia, improvisada perpetuamente y con sus eternos personajes, delicia del público, Arlequino, Pantalone, etc., y que era la sola que subsistía en Italia (se le llama *Commedia dell'Arte*), ha influido en las creaciones dramáticas de las naciones occidentales. Por entonces empezó á ser el espectáculo, la obra por excelencia (ópera), la comedia ó el drama cantados, que nació del empeño de los eruditos en restaurar el recitativo helénico, aplicado á una tragedia cuyos coros cantaban. Toda la ópera quedaba así subalternada á la música.

*España.*—Esta nación, contemplada desde lejos, desde el odio del flamenco, desde el terror del africano, ó desde el fanatismo del puritano inglés, era el más siniestro de los grupos humanos, viviendo perezoso á la sombra del es-

tandarte negro del Santo Oficio ó llevando la guerra despiadada con el soldado ó la paz con el fraile armado de una cruz y una tea, por los pueblos de la tierra. Esta visión era una alegoría apocalíptica, no era la realidad. España era un pueblo compuesto de diversos restos de pueblos que al fundirse conservaban en parte su habla, sus costumbres y sus tendencias distintas todas y todas pintorescas. La vida era intensa; el sensualismo y la devoción, mucho más profundos que en Italia; mucho más vigorosa la mezcla de misticismo y de placer, de combate y de amor, de salmos y seguidillas, de autos de fe y entremeses, de procesiones y mascaradas, de dobles y serenatas estudiantiles, de toros y sermones, de hetairas y de santas; todo ello alimento perenne de la poesía y de la música; en todo goce sensual el alma entraba; en todo deliquio del alma los sentidos mezclaban una gota de sangre y de deseo. Este pueblo, ya lo vimos, al contacto del Renacimiento, en la noche trágica en que se abría en el siglo XVI la gran era de las guerras europeas, balbuceó primero, imitó después, y de repente prorrumpió en el canto de ruiseñor de Garcilazo. La poesía épica española cantaba ya innumerables romances; su lírica, que de antiquísimas fuentes escondidas en las breñas de Galicia manaba, recogía al fin su hervorosa, pero transparente linfa, en las canales de mármol de la métrica italiana; y el siglo XVII, precisamente el que vio caer de las flacas manos de los Austrias, el cetro de la supremacía española, el mismo que vio morir la industria que antaño derramaba sus artefactos semi-árabes por Europa, que vio á Sevilla bajar del rango de primer puerto del mundo y vio al mar para siempre perdido y á la Península tornar á dividirse para siempre y á su población para siempre mutilada con el éxodo morisco; ese mismo siglo vio á España encaramarse á las cimas supremas del arte. Fenómeno interesante por extremo; se explica así: la energía espiritual, compuesta de imaginación y voluntad, que constituye la substancia íntima del carácter español, cuando no tuvo empleo ni en Flandes, ni en América, ni en África; cuando en Europa y en el mar y en las colonias quedó clausurado casi el período de las aventuras heroicas y de las rapiñas sin tasa, se concentró, y, por la sola brecha abierta en el horizonte mental, que la Inquisición cercaba con impenetrable muro, partió á la conquista de reinos y mundos nuevos en los espacios de lo ideal. De aquí la exuberancia prodigiosa de poetas, de dramáticos y de noveladores; ahí estaba la vida, porque estaba ahí la libertad, y no hay recuerdo alguno de que el tribunal terrible encargado de velar por la pureza de la fe española, pusiese obstáculo á las más libres, á las más licenciosas é inmorales manifestaciones del arte en el teatro, ni de que estableciese la previa censura; sabía que el pueblo ni sería infiel á su religión, ni perdería jamás su afición por todo lo que en el arte estimula los sentidos y caldea la sangre. En el siglo XVII ya no encontraremos la grandilocuencia, la robustez, la majestad serena de los poetas del siglo anterior, pero sí mayor abundancia, facilidad y música, más viveza en la expresión de los afectos; la lírica se enriquece con los nombres de los Argensolas, tan profundamente dueños de su arte y de su idio-

ma, de Villegas, inferior á su ambición, pero exuberante de amor y gracia, de Lope de Vega, genio pasmoso que cultivó todos los géneros literarios y en todos dejó vestigios hondos y en ninguno dejó obra perfecta; Góngora, tan vivaz, tan sonoro, el gran poeta que enfermó á la poesía española de una enfermedad mortal, para salvarla de la decadencia; de Jáuregui, de Quevedo, que ya rígido y grave, ya jocoso y desenfrenado, dominó todos los géneros por donde hizo correr su cólera, su pensamiento ó su humor regocijado: luego vienen otros; luego con el naufragio de la grandeza española, la agonía de la literatura y del buen gusto. Pero si en la lírica España fué discípula de los latinos y de los italianos sobre todo, cuyos procedimientos poéticos imitó sin olvidar uno, en donde se mostró realmente nacional, fué en el romance, en la novela y en el teatro. El romance que salía de la vihuela y el canto popular á la atmósfera pura del arte, encontró en Lope, en Góngora y en muchos otros, intérpretes maravillosos, sobre todo en los romances moriscos. La novela enriqueció al mundo entero con sus producciones llenas de ingenio, de filosofía práctica, de vivacidad y gallardía; todo lo reunió en supremo grado el *Quijote*, que bastaría para dar nombre á un siglo literario; por encima de los defectos de los libros de caballería, plaga de su tiempo, Cervantes acertó á herir en todas sus flaquezas al carácter español, dejando entrever todas sus cualidades y haciendo sin esfuerzo, al través de la más regocijada serie de perances que se ha tramado jamás, la más penetrante psicología de un pueblo que se haya intentado nunca. En el teatro, pasión española, brotó armada de pies á cabeza la *Comedia*, palabra que comprendía toda producción dramática: comedia de enredo; ya de capa y espada ó aristocrática; ya de ruido, si era histórica ó religiosa; ya heroica; ya caricaturesca ó de figuras, etc. Tales eran las divisiones del género. Dos puntos sostenían el eje de aquel mundo de imaginación, de sentimiento, de naturalismo grosero á veces, y de artificio perenne, de poesía, de pasión y de convención: el sentimiento religioso y el honor, que dominaba á aquella sociedad y la penetraba hasta la médula; producto de ocho siglos de guerra y de religión amalgamadas. Tres nombres descuellan entre una legión: Lope de Vega, que compuso cerca de 2,000 piezas de teatro, en donde sembró tantas bellezas y tantas debilidades de pensamiento y de gusto; Calderón de la Barca, que en sus autos sacramentales y en sus comedias se mostró poeta superior y sutil ó incomparable combinador de entidades semi-reales, y el mexicano Ruiz de Alarcón, el creador de la comedia de caracteres, el que mejor llevó al teatro al hombre vivo y real, como Molière lo iba á hacer después. (V. Schack.—Arte dramático en España).

La poesía épica no fué ni en la *Araucana* de Ercilla, mediocre poema, ni en el *Bernardo* de Valbuena, ni en la *Jerusalem* del Tasso, ni en la de Lope, en donde había de encarnar su último esfuerzo digno de la inmortalidad; fué en *Os Lusíadas* del gran poeta infortunado Luis de Camoens, que cantó las hazañas, no de un héroe, sino de todo un pueblo, del pueblo portugués, acometiendo y realizando la empresa de unir á Europa con África y la India.

En *Inglaterra* fué donde el Renacimiento, removiendo el espíritu profundamente poético y fantástico de la raza germánica, condensado en los insulares británicos, produjo obras geniales; en Alemania suscitó una protesta religiosa y el drama fué colectivo y se representó en la historia; en *Inglaterra* produjo á Shakespeare. Un público ávido de emociones brutales y aterradoras ó delicadas y puras, es decir, ávido de contrastes; educado ya en los más violentos espectáculos teatrales por todos los precursores de Shakespeare, hombres geniales muchos de ellos, como Marlowe y Webster, fué el que, en tiempo de la reina Isabel, de esa loba libidinosa y fiera, como con odio de español y de católico la llamaba Góngora, comprendió y aplaudió á Shakespeare. Este poeta, es *el poeta*, en el mayor sentido de la palabra; es, por medio de la imaginación más completa que ha aparecido sobre la tierra, el más vigoroso hacedor de hombres que se ha visto después de Dios; él, con los elementos irreductibles de las pasiones y de los sentimientos, combinó personas que, en unos cuantos tipos, condensaron toda la realidad humana. Mas pasó esta época de vida intensa y desenfrenada que se llamó el Renacimiento inglés; llegó la reforma puritana, y el fondo de melancolía y de pesimismo que forma el núcleo de sombra de toda alma germánica y que hace mucho más profundo, por más necesario, el sentimiento religioso de los germanos que el de los latinos, esa tristeza íntima, salió á luz; entonces el ruido, el placer y el teatro dieron paso al salmo y á la prédica; la nación guardó de aquel momento sombrío de su historia, un noble recuerdo y una línea inmutable en su fisonomía; Milton fué el gran poeta de esa época, como Bunyan fué el poeta del corazón del pueblo protestante; en su *Paraíso perdido*, el austero republicano se muestra un razonador protestante, lo que enfría la mayor parte de sus cantos, y un sublime poeta lírico á veces, que hace entrever no sé qué inconmensurables profundidades luminosas ó sombrías.

Ya sabemos lo que fué la literatura en Francia; grande en los tiempos que precedieron á Luis XIV con Corneille, un imitador genial del teatro español, se convirtió luego en una dependencia del soberano, en una función oficial. Ya sabemos cómo, á pesar de esa tutela, logró producir obras inmortales en la comedia con Molière, en la fábula con Lafontaine, en el púlpito y en la historia con Bossuet, en la prosa familiar con Retz, S. Simón y la Sevigné; al fin decayó. Por caminos inesperados iba á encontrar energías nuevas para resucitar.

2. El arte tiene aún su centro en Italia; ahí van todos, flamencos, franceses y españoles á aprender, á ponerse en contacto con los modelos, á ver trabajar á los maestros; los hay todavía: el siglo que sucede al período de oro del arte vió nacer la escuela florida y eminentemente ornamentista, sin estilo puro, pero elegantemente amanerada y decadente, de Bernini, escuela propagada bajo los auspicios de los jesuitas; hay pintores notables como los Caravaggio, los Carraccio, los Guido Reni, los Dominiquinos, mas ya no son más que ejecutistas diestros ú hombres de sistema, pero sin genio. En cambio en Flandes y

en Holanda, la flor del arte se convierte en fruto; una generación de grandes pintores llena el siglo XVII: Rubens, que vivió como un príncipe y fué diplomático y cortesano, tan admirado por su potencia, su colorido y la sencillez de sus procedimientos; su discípulo Van Dick, el pintor de los Estuardos, ántes de la Revolución, más distinguido y correcto que su maestro Rubens, pero más frío. En Holanda brilló el más grande de todos, el pintor y grabador Rembrandt, que buscaba la belleza en la expresión de las fisonomías y en contrastes maravillosos de la luz y la sombra, que no han sido igualados.

En España nada puede compararse, en materia de edificios, á los que habían dejado los islamitas, á los que habían levantado los masones del arte ogivo, ni á las construcciones del género del Escorial; en cambio la escultura, sobre todo la de madera, produjo verdaderos primores. Mas en donde el arte español rayó en supremo fué en la pintura; Velázquez, el mejor colorista que ha habido quizás, Murillo, el autor de los seráficos cuerpecillos, de las Vírgenes que son andaluzas ideales, el infatigable fabricante de cuadros de mérito desigual, que inundaron las iglesias de España y de las Colonias, son los dos astros de primera magnitud en una pléyade de artistas notables.

Francia produjo, si no pintores de genio, sí de los que están un solo peldaño más abajo, como Le Sueur y Poussin y el luminoso paisajista Claudio Lorrain. Pintores, arquitectos, músicos, todos quedaron reglamentados en tiempo de Luis XIV, y esta disciplina tan desfavorable, impidió sin duda el advenimiento de verdaderos creadores en el arte.

3. Una hija del Renacimiento, que había ido creciendo lentamente y que acabaría por señorear al mundo, la Ciencia, entra en su edad viril en el siglo XVII y, como entre los helenos, su advenimiento coincide con la decadencia de la literatura y el arte; el espíritu humano, saciado de traducir ó de interpretar la naturaleza, se empeña en arrancarle sus secretos. Pero al triunfo de la ciencia precedieron los sistemas filosóficos; la época del Renacimiento y la Reforma habían dejado el camino sembrado de escombros, habían destruído hasta en sus cimientos la filosofía escolástica; á este período de destrucción sucedió el de construcción. La figura que descuella en la aurora de la filosofía moderna, es la de un fraile rebelde, poeta admirable á veces, polemista lleno de sarcasmo, de fantasía y de verbosidad, pensador profundo y obscuro, valiente y audaz como nadie; se llamaba Giordano Bruno; aplicó el análisis destructor al cristianismo y á la Iglesia; discípulo de Lucrecio, renovó el epicureísmo y proclamó con sorprendente elocuencia la actividad ingénita de la materia, cuya alma ó substancia era Dios mismo, por lo que su filosofía fué un panteísmo. Errante por el mundo, perseguido siempre, cayó al fin en manos de la Inquisición de Venecia, que lo entregó á Roma, en donde (aunque esto se ha negado) fué quemado el año de 1600, dando ejemplo de soberana grandeza de alma. Así el martirio de un apostol del libre pensamiento abre el siglo fundamental de la filosofía moderna. Bacon, el venal é innoble canceller de Jacobo I de *Inglaterra*, fué uno de los fundadores, no por sus doctrinas, no

por su ciencia, que era errónea y escasa, sino por haber formulado el método inductivo, que era el instrumento necesario al progreso de las ciencias de observación. Mas grande como hombre, como sabio y como filósofo, si bien desconoció el método baconiano y esta fué su deficiencia, Descartes es otro de los grandes antepasados de la filosofía. De Bacon toma su origen la escuela sensualista; de Descartes la espiritualista y la panteista. Como buen matemático su método era esencialmente deductivo, su criterio supremo de certidumbre la evidencia, es decir, el asentimiento irresistible de la conciencia á una proposición. Su régimen mental fué la duda metódica, para reedificar en el vacío la verdad, como el Creador había sacado al mundo de la nada. Su sistema consistió en dar á la metafísica una base psicológica y partiendo de este entimema primordial: pienso, luego existo, descubrir el Alma, el Universo y Dios. Descartes fué el fundador de la física matemática y él formuló las leyes del movimiento, tendiendo á reducir á ellas todas cuantas pueden inducirse de las propiedades de la materia, es decir, al principio mecánico, proclamado por la ciencia moderna. Descartes tuvo en Holanda un discípulo, original como pocos y que es el verdadero fundador del panteísmo moderno, Baruc Espinoza, judío español de origen, que hizo uso del entimema cartesiano y del procedimiento geométrico, para demostrar que no había más que una substancia, Dios, y que nada se diferenciaba esencialmente de ella. Pascal, discípulo también, —¿quién no lo fué de cerca ó de lejos en su siglo?— discípulo, pero independiente de Descartes, matemático eminente, físico ilustre, ha dejado más que un sistema de filosofía, un puñado de pensamientos admirables, sobre Dios y el hombre y sobre todo el ejemplo de una vida en que la razón en lucha trágica con el dogma cristiano, al fin se somete á él palpitante de terror y de anhelo por la verdad suprema. Ambos, Descartes, en su *Discurso sobre el Método*, y Pascal en sus *Provinciales*, ataque lleno de pasión, de sutileza y de ironía contra las doctrinas morales de los jesuitas (Pascal era amigo de los jansenistas de Port-Royal), han dotado al idioma francés de dos valiosísimos monumentos literarios. Leibniz, hombre enciclopédico en la más alta acepción de la palabra, inventor del cálculo infinitesimal, y teólogo, filósofo, historiador y polemista, eminente en todo, es una figura que llena el ocaso filosófico del siglo con esplendores de sol. Su objeto fué reformar el cartesianismo; recurrió al mismo procedimiento psicológico de Descartes y al método deductivo, y construyó su universo por la perenne acción de las fuerzas cuya causa es una fuerza, una substancia, una *mónada* suprema, Dios; es decir, substituyó el mecanismo con el dinamismo; la moderna filosofía científica ha tomado muchos elementos al sistema de este gran pensador. La influencia de Bacon se hace sentir en Hobbes, el gran teorista de la tiranía absoluta del Estado, *Leviathan*, como le llamaba, el monstruo que todo lo absorbe y lo ocupa. El horror que las doctrinas filosóficas y sociales de Hobbes causaron entre los cristianos de todas las comuniones, ha velado las doctrinas de este hombre genial, que intentó conciliar la fe y la ciencia y que al proclamar verdades filosóficas,

en medio de sus errores, como la de la relatividad del conocimiento, conquistó el puesto de uno de los grandes legisladores del pensamiento. Por la teoría sensualista (en el sentido filosófico de la palabra) Hobbes se une á Locke, pero éste era tan liberal como despotista su maestro. Locke ha dejado simientes fecundísimas en la historia del pensamiento humano; él, como filósofo, demostró la doctrina que hace venir todo conocimiento de la experiencia y así hizo entrar á la psicología en el radio de estudio de la ciencia; él fué el precursor de los economistas ingleses, él, sobre todo, adivinó el cancer que descomponía las entrañas de la sociedad, la unión íntima de la Iglesia y el Estado, y pretendió extirparlo, predicando la libertad de cultos y la tolerancia, en escrito que abrieron la gran era de los enciclopedistas del siglo siguiente.

4. Mientras se fundaban los nuevos sistemas filosóficos que precedían ó seguían á los descubrimientos científicos, y á medida que se perfeccionaba la constitución definitiva de la matemática, una revolución profunda se verificaba en la primera de las ciencias de observación, en la menos compleja de ellas: la astronomía. La prueba inequívoca de la redondez de la Tierra, debida á Colón, fué el motivo de los estudios del astrónomo polaco Copérnico, que demostrando la verdad del menospreciado sistema pitagórico, formuló por vez primera el sistema heliocéntrico. De aquí y de las observaciones del sabio danés Tycho Brahe, que cometió el error de patrocinar una transacción entre los sistemas de Copérnico y de Tolomeo, Kepler dedujo sus célebres leyes y desde entonces quedó demostrado que los planetas describen elipses y no círculos en su traslación, que el Sol ocupa uno de los focos, que tiene un movimiento de rotación, etc., y entrevió la gran ley de la atracción universal. Así se iniciaba el siglo XVII con Kepler, que en el orgullo de su invención creía que Dios lo había esperado millares de años para que hubiese un verdadero contemplador de su obra, y que, signo del tiempo, era el astrólogo del emperador Rodolfo y de Wallenstein; en Italia, por medio de la observación directa, probó Galileo la verdad del sistema de Copérnico, y también en la primera mitad del siglo (murió en 1642). La invención del antejo astronómico que se debe probablemente al mismo gran profesor florentino, centuplicó el poder de observación del ojo, y á la mirada atónita de los hombres aparecieron nuevos astros en los cielos, y en nuestro aún reducido sistema (ni el anillo de asteroides intercalado en el sistema, ni menos los planetas ultra-saturnianos podían observarse), aparecieron los satélites de Júpiter, los anillos de Saturno, las fases de Venus, las manchas del Sol y un esbozo de la distribución de mares y continentes lunares, así se creía al menos. En suma, el cielo estaba descubierta. No fué esto sin hondas perturbaciones en las creencias y sin protestas; algunos teólogos, recordando el carácter provisional que Santo Tomás había asignado al sistema del mundo y convencidos de la verdad de las nuevas doctrinas, las defendieron; otros no, y con ellos muchos sabios como Tycho Brahe, ya lo vimos, y Justo Lipsio. La guerra al sistema de Copérnico partió del círculo íntimo de Lutero; á Kepler también lo vieron mal los protestantes; los



teólogos romanos no podían quedarse atrás, y como Galileo Galilei era un escritor distinguidísimo y un erudito, y sabía empeñarse en mostrar que podían compadecerse su sistema y el de la Biblia, tomaron de aquí pie dos acusaciones formales y un proceso en toda regla ante la Inquisición romana (1632). Es cierto que no hubo torturas ni vejaciones como se había asegurado; mas la abjuración de *sus errores* contrarios á la Biblia, que se exigió al anciano, fué el más terrible de los tormentos morales. La Inquisición y el Papa que mandó publicar la sentencia, declararon falso el sistema de Copérnico; al mediar el siglo, nadie en el mundo sabio dudaba de él. La mecánica y la física celeste debían reunirse á las terrestres, gracias á los descubrimientos de un inglés que es, después de Copérnico, la figura más prominente de la ciencia astronómica, Isaac Newton. Las leyes de la pesantez estaban formuladas por Galileo; entrevista la de la atracción universal por los griegos (v. Plutarco) y por los grandes astrónomos modernos, pero nadie había encontrado su fórmula, ni demostrádola matemáticamente. Sin embargo, de las leyes keplerianas dedujo su teoría el sabio inglés, que la abandonó durante mucho tiempo sin poder llegar á la prueba matemática, hasta que los trabajos de Picard (medida del meridiano) le facilitaron una rigurosa verificación por el cálculo; pudo entonces asentar que todos los cuerpos están sometidos á la ley de la gravitación universal; sus observaciones sobre la forma de la tierra, sobre las mareas, completaron la obra de este sabio, que fué también un teólogo y un místico. Huyghens, que completó los estudios sobre el anillo de Saturno; Halley, que reconoció la periodicidad de los cometas; Cassini, el fundador del Observatorio de Paris, son los nombres secundarios entre los fundadores de la astronomía en el siglo XVII. Con la *Física*, las ciencias de observación entran en el período de la experimentación metódica, en el mismo siglo; Descartes y Bacon, cuya importancia se ha querido rebajar demasiado en nuestros días, le habían trazado su disciplina. El estudio de las propiedades de la materia pudo elevarse á leyes generales; el descubrimiento de la pesantez del aire y la invención del *barómetro* se deben á la escuela de Galileo; el de la presión atmosférica á un alemán, Guericke, y la invención de la máquina neumática á un francés, Mariotte; en la acústica, en la óptica, en que dominaba la teoría errónea de la *emisión* de la luz prohibida por Newton, en la termología (invención del termómetro, de los motores de vapor debida á Papin, que llegó á navegar con su motor, proeza que los españoles atribuyeron á Blasco de Garay muy equivocadamente), en la investigación de los más importantes fenómenos del magnetismo terrestre, de algunos de electricidad, en todo esto, que aquí indicamos someramente, la Física experimental avanza en este período, al par que la Matemática. La Química esperaba al hombre genial que la había de sacar de su período alquímico; las ciencias naturales adelantan en la averiguación de hechos; pero la ciencia de los organismos sólo podrá venir cuando la química quede constituida; sin embargo, algunos descubrimientos capitales fueron la gloria de aquel período precursor de la Biología. Entre todos descuella el de

Harvey, que demostró, por medio de experimentos concluyentes, la gran circulación de la sangre (Servet, la víctima de Calvino, como ya dijimos, descubrió la circulación pequeña, del corazón al pulmón, base de la otra). Este descubrimiento capital no conquistó, sino muy lentamente, á los sabios; el de los vasos quilíferos y de sus funciones, siguió al de Harvey, y la anatomía dió con Malpighi, el fundador de la histología, y otros sabios, pasos decisivos.

## LAS COLONIAS.

(Siglos XVI y XVII.)

1. Extensión de la colonización europea antes del siglo XVIII.—2. Situación de las colonias latinas en América; las españolas, las francesas.—3. Los anglosajones.

1. Las grandes empresas de España y Portugal iniciadas á fines del siglo XV, llegaron á su pleno desenvolvimiento durante el siglo XVI. Para evitar conflictos entre las dos naciones colonizadoras, los papas trazaron dos veces, en el sentido del meridiano, líneas divisorias que dejaban en los dominios portugueses Africa, Asia y los archipiélagos oceánicos y en los españoles América y sus dependencias insulares. Tuvo esta distribución una excepción que la incertidumbre de los conocimientos geográficos autorizó: el Brasil, colonizado por portugueses. Estos se propusieron un programa de monopolio absoluto del comercio entre Asia y Europa y lo consiguieron, desplegando una audacia y una inteligencia admirables. Destruyeron, desde los comienzos del siglo XVI, la influencia de los árabes en los grandes puertos concentradores de los productos indicos entre el Golfo Pérsico y el mar de China; se hicieron atribuir privilegios enormes en las comarcas productoras y establecieron fortalezas para sostener estos privilegios. Gracias á la energía de hombres como Almeida y Alburquerque y algunos de sus sucesores, que lograron dominar las entradas del Pérsico y del Mar Rojo, al concluir el primer tercio del siglo el programa se había realizado plenamente y Lisboa había reemplazado á Venecia en el comercio de Asia. Al mismo tiempo, los establecimientos de la costa africana entre el Cabo y la Mauritania se multiplicaban y prosperaban, gracias á la trata de negros destinados á las Antillas, y en el Brasil comenzaba la colonización de judfos y deportados, y el sistema de repartimientos

y la esclavitud de los indios, ponían casi todo el territorio en manos de unos cuantos feudatarios. La anexión de Portugal á España fué fatal á esta bonancible situación; los holandeses, á quienes Felipe II cerró el comercio con Lisboa, emprendieron el camino de la India, disputaron á los portugueses los privilegios que los sultancillos asiáticos les habían concedido, los atacaron luego y el imperio colonial comenzó á desmoronarse. Fué ésta una de las causas del levantamiento de Portugal contra España al mediar el siglo XVII; los árabes, los ingleses y los franceses tomaron parte en aquella inmensa rebatía; al fin del siglo, quedaban á Portugal algunas factorías en Africa, la India y las Molucas, fuera del Brasil; á principios del décimo octavo puso sus colonias bajo la protección de Inglaterra y la nación portuguesa quedó desde entonces subalternada al imperio británico.

Los holandeses, después de la españolización de Portugal, formaron diversas compañías para explotar el comercio directo con Asia y todas ellas se refundieron en la Compañía de las Indias Orientales en 1602. Esta Compañía arrebató á Portugal el comercio de Asia, estableciendo factorías en el Continente y verdaderas colonias en las islas de la Sonda, sobre todo en Java, cuyo puerto principal, Batavia, concentraba todos los productos de Asia. La Compañía repartía al mediar el siglo XVII magníficos dividendos. Los holandeses se establecieron también en las dos Américas y en Africa, donde sus descendientes, cerca del Cabo, conservan la fisonomía moral de los audaces plantadores, sus antepasados (los Boers). El siglo XVIII vió la decadencia completa del imperio colonial neerlandés.—La colonización europea, donde produjo sus principales frutos fué en América; ahí se fundó propiamente una segunda Europa destinada á un prodigioso porvenir. Ahí la estudiaremos someramente, reservando para nuestro manual de historia americana, el desenvolvimiento de las cuestiones que aquí vamos á apuntar, porque ellas explican el hecho, de honda trascendencia en la historia general, de la emancipación de las colonias y de las diversas consecuencias de este acto de virilidad de los pueblos nuevos.

2. Nos fijaremos primero en las colonias latinas; ningunas más importantes que las españolas. Ya las hemos visto constituirse desde los tiempos de Felipe II; el despotismo patriarcal de los Austrias en América, tuvo todas las cualidades y vicios de este régimen profundamente ineficaz para preparar el porvenir. La América española, dividida vagamente en dos vastísimos virreinos, el de la Nueva España y el del

Perú, que luego se desmembraron en Capitanías generales y virreinos nuevos, como los de Nueva Granada y Buenos Aires, se resentía de las condiciones en que la colonización había sido iniciada, por la nación menos dispuesta para colonizar que hubo entre las europeas, porque ni tenía exceso de población, ni necesidad de mercados para sus mezquinas industrias. Es cierto, en cambio, que si faltaban á España las condiciones requeridas para hacer una colonización vasta y sana, sólo ella podía encontrar en su temperamento el vigor suficiente para dejar su sangre en todas las guerras de Europa y al mismo tiempo emprender la sumisión de poderosos reinos americanos. Ya en el siglo XVII, pasado el período militar de la conquista y de las querellas entre la corona y los conquistadores, que se empeñaron en establecer en las colonias un feudalismo característico, como que ellos y sus descendientes se creían dueños de la tierra y sus pobladores; extinguidas ó á punto de extinguirse las soberanías parciales de las *encomiendas*, se dibujaba perfectamente la situación de los grandes establecimientos españoles, tal como con trabajosas modificaciones durará hasta el período de emancipación y aún más acá. Muy superior á la política colonial inglesa fué, bajo un aspecto, el despotismo español; conservó al indígena y, luchando con los conquistadores y los criollos, lo arrancó á la esclavitud é hizo lo posible por evitar su servidumbre; en suma, no lo conservó para explotarlo; pero como no pudo ni supo asimilarlo (ni por el cruzamiento sistemático con los europeos, ni por la educación) á la cultura general, lo redujo á la vida vegetativa y á la servidumbre, forzosa en toda raza pasiva cuando cohabita con otra activa y superior. En el beneficio estuvo el perjuicio. Como España no estableció en tiempo de los Austrias *una colonización, sino una dominación* en América, porque lo primero le era imposible, todo el régimen político y social se resintió de ello; no hubo más población europea que la urbana en parte; en los centros mineros ó en las antiguas ciudades ricas ó en los puntos propicios á la inspección de las explotaciones rurales se aglomeraron los españoles comerciantes ó empleados y los propietarios, criollos en su mayoría y ó clérigos ó abogados; mas el cultivo quedó en poder de africanos en las costas, de indígenas en la Mesa y sus vertientes, y estos eran en número escaso y, lo repetimos, siervos de hecho. El régimen político desarrolló toda la potencia de su principio fundamental que, como hemos visto, era la *desconfianza* y de su medio que era el *aislamiento* durante el siglo XVII. El Virrey, era un

rey sin arraigo en la tierra que gobernaba; los agentes del virrey eran explotadores de sus encargos, frecuentemente más duros al criollo que al indígena; las Audiencias, tribunales judiciales y administrativos y aun políticos, limitaban el poder virreinal y lo vigilaban; todo era el resultado del *divide para gobernar* de Maquiavelo. La responsabilidad del virrey era nula de hecho, á pesar del juicio de *residencia* á que se debía sujetar este funcionario. Felipe II fué severo, hasta hacerlos morir de pena, con algunos gobernantes de Nueva España y el Perú; mas esto fué excepcional. Esta administración que era ordenada y tranquila, porque contaba con la sumisión total, y porque era patriarcal y benévola por regla general, cultivaba el germen de los intereses opuestos á la dominación de España y mantenía la prosperidad del dominio en un *statu quo* que mató el progreso normal del país. Cultivó el germen del desafecto incurable á los peninsulares y á la administración española entre los criollos, á quienes alejó sistemáticamente de todo empleo de consideración, humillándolos de generación en generación, por miedo de dar importancia política en América á quienes se creían dueños de América; nada hizo por atraerse al indio á quien protegía oficialmente y mantenía en tutela *que atrofiaba en ellos el instinto de la responsabilidad, origen de toda educación del carácter* y que hizo muy lento y muy irregular el cruzamiento, que debió haber sido sistemático. El español despreciaba infinitamente al indígena, considerándolo como un hombre deficiente, como un siervo ingénito. Al mestizo, producto casual de la raza dominante y la dominada, lo consideró apto solamente para el mal, sólo propio para el robo y el homicidio; el mestizo ó *casta* era, sin embargo, el futuro dueño del país, el futuro revolucionario, el futuro autor de la nacionalidad; no había, pues, en el suelo americano jugo para la raíz del régimen español. Había un agente encargado de remediar todo esto: el clero; á las órdenes monásticas se les había dejado hacerse inmensamente ricas y dueñas de más de la mitad de la propiedad territorial, para que convirtiesen al indio y para que mantuviesen al indio y á la sociedad, en que reinaban como dueños absolutos, bajo la dependencia de España; pero hay que tener en cuenta estos elementos: la inmensa propiedad, excluida de las transacciones mercantiles, la mano-muerta, como se le llama, que era la del clero, es, en los países nuevos, motivo de irreparable decadencia, si en todos es perjudicial, porque hace lento, perezoso y casi inútil el cultivo, y detiene el aumento de colonos, es decir, de cultivadores; además, las órdenes

mendicantes, santificando la mendicidad y considerando la limosna como el más santo deber, creaban colonias de mendigos y mataban (muerto está todavía en América) el instinto de ahorro y el respeto al trabajo. ¿Cómo podían compensarse estos males? ¿Segregando al indio del contacto de la civilización? Esto era condenarlo á no poder respirar nunca en la atmósfera del progreso. El jesuita no lo educó; lo reunió en las misiones, especies de asociaciones teocrato-comunistas, que quitaban al indio y al *casta* toda tendencia individual, y, en la región en que había españoles, enseñándole el catecismo y la sumisión, y para que este mal fuera eterno, cultivando la ignorancia en la forma en que es más incurable, en la de superstición. Esto era respecto de la masa de la población; pero el jesuita abrió colegios y universidades que prosperaron; sí, y ahí el criollo, mejor educado que el peninsular, se enseñó á despreciar y á odiar á éste y el clero bajo, compuesto de criollos, participó ardientemente de este sentimiento; bien lo demostró la Independencia. Por consiguiente el clero no ayudaba á la dominación española, sino que involuntariamente la minaba; y no preparaba la prosperidad de estas regiones, sino que cegaba las fuentes de esa prosperidad. Y no era por cierto parte á remediar esta situación el Santo Oficio encargado del aislamiento de las ideas, persiguiendo al extranjero y al libro extranjero, porque así preparaba irrupciones intelectuales, en vez de infiltraciones lentas. Si á esto se agrega el régimen que gobernaba al comercio con la metrópoli, todo restricción y monopolio, todo en favor de la compañía privilegiada que se llamaba *La Casa de Contratación* de Sevilla y de un grupo de peninsulares de Lima y México, que fijaban á su antojo los precios, que, por fortuna, hacía bajar el contrabando (sistema que no era económico, porque en España no había industria que proteger y los industriales eran tenidos en poco, sino puramente fiscal y político), pero que impidió el progreso de la marina española, como la importación de metales preciosos mató la industria; si todo esto se tiene en cuenta, se comprenderá el destino de la dominación española y el de las naciones que en esa dominación se formaron.

La colonización francesa, tuvo su principal asiento, después de muchos tanteos, en el Canadá; innumerables fueron los ensayos hechos desde Francisco I y, sobre todo, desde Enrique IV, para que, bajo la protección del rey, prosperasen las compañías á quienes se daba el monopolio de la propiedad y el comercio de las tierras nuevas en Amé-

rica; todas se arruinaron; sólo en los tiempos de Richelieu, se logró al cabo sostener establecimientos de importancia á orillas del San Lorenzo y en la región de los lagos; durante el siglo XVII, los franceses recorrieron el Mississipi, se establecieron en Luisiana y por una serie de fortalezas en el Ohio, reunieron los dos extremos de aquellas inmensas posesiones, que recorrían, no como colonos, sino como aventureros. Porque el mal de toda la colonización latina en América consistió en que no fué colonización; no eran cultivadores, sino cazadores los que iban al Canadá y soldados los que venían á México y Sud-América. Pronto los jesuitas convirtieron al Canadá en una especie de vasta misión; dueños de la riqueza territorial, la estancaron, y clausuraron los territorios indígenas para el europeo y todo el país á los disidentes en religión. Por la fuerza rompieron los ingleses esta clausura en el siglo XVIII.

3. Las colonias anglo-sajonas tampoco se mantuvieron unidas á la madre patria; se emanciparon como todo organismo que se siente apto para la vida sin trabas; pero éste fué un acto de fuerza y de prosperidad; esta prosperidad data de los tiempos coloniales; venía de este origen: los establecimientos anglo-sajones en América fueron verdaderas colonias y colonias libres; el trabajo y la libertad fueron los númenes que presidieron al nacimiento del grupo humano que hoy se llama: *los Estados Unidos*. En el siglo XVI, los intrépidos corsarios ingleses atacaron por todas partes el continente de Colón; unos buscando un paso por los hielos boreales, otros repitiendo el periplo de Magallanes, Raleigh fundando efímeros establecimientos en una comarca que en honor de Isabel, la reina virgen, llamó Virginia. Cuando á principios del siglo XVII, se organizaron dos compañías para establecer colonias en aquellas regiones, hubo dos grupos principales y uno de ellos se estableció en Virginia; gracias al tabaco, al crecimiento del territorio cultivable, que obtenía desmontando y despoblando, es decir, matando y empujando ferozmente á las tribus indias, la gran colonia del Sur prosperó; pronto abundaron en sus plantíos de tabaco los esclavos negros y cuando en el *Acta de Navegación*, el rey Carlos II, redujo el comercio de las nacientes colonias á un monopolio de la marina y de la industria inglesa, en Virginia, gobernada por una Asamblea soberana, hubo serios conatos de insurrección. Cerca de esta colonia se establecieron las dos Carolinas, en territorio ocupado primero por hugonotes franceses que envió el famo-

so Coligni, y Mariland, colonia eminentemente católica, aunque tolerante, que tuvo sus dos Cámaras y su régimen libre. Las colonias del N., separadas de las del S., por una zona en que había establecimientos holandeses y suecos, nacieron de las persecuciones religiosas; los protestantes que huían de la sangrienta devoción de María Tudor, y los puritanos, aborrecidos de la anglicana Isabel, se refugiaron en Holanda y en el primer cuarto del siglo XVII los primeros emigrantes, los *padres peregrinos*, como les llaman los norte-americanos con tierno orgullo, arribaron á las costas del que hoy es el Estado de Massachusetts; bajo un régimen republicano y de una alta austeridad moral, la colonia creció; pero pronto grupos de disidentes, huyendo de la intolerancia puritana, se dirigieron á otras regiones y arrebataron á los indígenas, casi siempre exterminados, los territorios de Rode Island, Connecticut, etc. Al mediar el siglo, la mayor parte de estas colonias septentrionales se confederaron y asumieron la actitud de un Estado soberano; trataron con las colonias francesas, acuñaron moneda y se llamaron *Confederación de las colonias unidas de la Nueva Inglaterra*; por desgracia la concordia no se mantuvo entre ellas. Entretanto el duque de York (el futuro Jacobo II) había logrado expulsar á los holandeses de la región comprendida entre el Delaware y Long-Island y á los suecos, de lo que hoy se llama New-Jersey. La colonia holandesa de Nueva Amsterdam se llamó New-York. En el último tercio del siglo, William Penn, cuáquero (los afiliados en una secta filantrópica, sin culto casi y por excelencia tolerante, llevaban el nombre de *quakers*), hijo de un poderoso acreedor de los Estuardos, obtuvo tierras en el Delaware y fundó la colonia que, de su nombre, se llamó Pensilvania y cuyo territorio, á pesar de la concesión, compró á los indios; fué aquel un Estado eminentemente democrático y humanitario, sin exclusivismo religioso y sin esclavos; su capital se llamó la ciudad de los hermanos, Filadelfia. El fin del siglo vió caer con la dinastía de los Stuards los temores de las colonias de perder sus libertades y el principio de las largas guerras con los colonos franceses que dieron á las colonias inglesas conciencia de su fuerza.

El secreto de la inmensa prosperidad de la nación dimanada de las colonias inglesas, consiste en la multiplicación de factores enteramente diversos de los que produjeron las nacionalidades latino-americanas. El *medio* en primer lugar: el país comprendido entre el estuario del San Lorenzo y la bahía de Chesapeake, es el mejor regado del glo-